

Por el ojo de la cerradura



*Espectáculo sobre el acoso, la marginación y la dificultad de ser diferente. Llevado a escena por la **Compañía Falsaria de Indias**. Nominada a mejor texto de autor vivo en los premios Fernando de Rojas de Teatro en Toledo*

Síntesis:

Este espectáculo ocurre en tiempo real. En su cuarto, una niña de unos diez años está al cuidado de su hermano pequeño. Se llama Vera, pero a ella le gusta que la llamen Kala. Es una niña extraña, pálida y oscura. No puede ser de otra manera, porque ella es diferente y todos lo saben. Y no permiten que lo olvide. En el colegio, en casa, cada vez le resulta más difícil encajar. Por eso está cada día más sola. Pero, ¿está sola porque es un bicho raro, o se está convirtiendo en un bicho porque siempre la dejan sola? El problema es que Kala no entiende el mundo... Y al revés. Los enormes hierros que sostienen derechas sus piernas parecen haber construido una alambrada infranqueable entre ella y todo lo que la rodea. Y Kala se ha parapetado dentro de esta fortaleza donde está forzosamente recluida, y se está convirtiendo -ahora sí- en lo que ve en ojos de los que la miran. Detrás de toda esa chatarra, ella lucha por ser visible... Pero nadie

parece verla: Sus compañeros la llaman “KalaVera”, monstruo...; su madre solo sabe mirar sus piernas y ponerse triste; su padre quiere que sea una “niña normal” Ella también lo quiso. Pero ya no. La gente que la rodea es normal... y no es buena.

Vamos a diseccionar a este ejemplar único, extraño e inquietante. Para ello bastará con dejarla hablar, jugar, estudiar... contarle cuentos a su hermanito. Esta es la gestación de un monstruo. De algo que todavía es sólo diferente, sólo raro, sólo singular... Veamos cómo a veces, entre todos, por acción u omisión, adrede o sin querer, creamos los monstruos que luego nos darán miedo...

Escena:

KALA: Esto ya está...(en un determinado momento, el gato le hace daño al niño) ¡Gato malo! Déjame ver... ¡Vaya! ¡Ya pasó... ya pasó! (el niño se queja muchísimo). ¡No, no! No llores... ¡No llores! Nunca. Siempre que lloras, pierdes. ¿Y sabes qué es lo malo de perder? Lo malo de perder no es perder.; es que ganan los otros. Tú lloras, y ellos se ríen. Y ya has perdido.

Mira, mira... (le señala un reloj). Fíjate en esos palitos negros. Son las patitas del tiempo. Míralas bien, concéntrate en ellas. No pueden parar de moverse, siempre hacia delante. No pueden hacer otra cosa. Y eso es bueno. Porque, cuanto más caminen, menos te dolerá. Siempre es así, siempre funciona. Solo hay que tener paciencia, y esperar. Apretar los dientes y aguantar. Las cosas que parecen terribles, las más tristes o las más dolorosas, incluso las que parece que no podrás soportar, se quedan atrás sin que tú tengas que hacer nada. Sólo esperar. Apretar los dientes y aguantar. Todo se pasa, Andrés... todo. ¡Porque el tiempo no puede detenerse! Tíc, tac, tíc, tac... Ya duele menos, ¿lo ves? Cada vez menos... Mira las manecillas negras del reloj... Se va, el dolor se va al pasado.

¿Ves?: la aguja pequeña está en las cinco, pero llegará a las ocho sin que nadie pueda evitarlo. ¡Eso es el futuro! Y en el futuro tú estás sentado en la mesa, comiendo helado, tu mano sostiene la cuchara y está bien. ¿De chocolate, el helado? Sí... Allí está el helado y aquí detrás se queda el dolor. ¡Y el reloj no puede volver sobre sus pasos!

Una vez que aprendes esto, ya nada puede contigo. Sólo hay que hacerse como de piedra. Fuerte... y esperar. Esos palitos negros empujan el presente, se lo llevan hacia el pasado y traen el mañana. Y en el mañana este presente ya no existirá, ya no será nada. Y tú serás más grande, y más fuerte. Porque lo que antes te hizo daño está para siempre clavado allí detrás y no ha podido contigo. Y ya no puede alcanzarte.

Vendrán otras cosas que te harán sufrir, pero tú ya sabes el secreto: se puede pasar sobre ellas mirando fijamente hacia delante, sin llorar, sin quejarte, sin rendirte. Apretar los dientes y esperar. Y has ganado tú.

(Kala se sienta en la cama).

KALA: Ya no me duele. Ya no me duele nada. Ya no lloro. Ya ni siquiera me quejo. Me miran y no pueden creerlo. Ellos esperan que me gimotee como un bebé, que suplique; pero yo les miro directamente a los ojos y ellos no pueden creerlo. Gano yo... Por ahora, sólo aguantar... Apretar los dientes y aguantar... Vendrá mañana... Vendrá, y yo estaré aún aquí.